

Joaquín L. ORTEGA (ed.), *En comunión con la creación: de cómo se contempla el universo desde la fe cristiana*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2004, 291 pp., 21 x 14 cm.

La presente obra recrea un estilo ya afianzado bajo la coordinación y edición del director de la editorial, Joaquín L. Ortega en la colección BAC 2000: la utilización de las reflexiones personales de varios autores en torno a un tema, aunando reflexión personal con inteligencia y pensamiento, muy cercano a lo que entendemos por sabiduría. En este sentido, no estamos ante un libro de teólogos, sino de personas que comparten una mirada a la creación desde una misma tradición y contexto intelectual y espiritual. Cincuenta autores, algunos de los cuales ya han participado en los proyectos anteriores. Y fiel a primar la experiencia sapiencial sobre la reflexión teológica en la larga lista de autores, si bien muchos son teólogos, se presentan desde su experiencia de vida en calidad de militares, teólogos, sacerdotes, obispos, periodistas, profesores universitarios, escritores, filósofos o religiosos (carmelitas, corazonistas, jesuitas, franciscanos...). Una amplia gama de colores de existencia y vivencia cristiana que nos ofrece una perspectiva de la cosmovisión cristiana muy completa y realmente interesante.

Pero a una metodología expositiva atractiva para el lector, se suma un tema tan interesante como la creación. Y lo llamo interesante por dos motivos: por el objeto de reflexión y por la denominación de dicho objeto. La naturaleza siempre ha sido objeto de estudio, meditación y preocupación. La ecoética moderna y los grupos de acción ecológica que florecieron a partir de la crisis del petróleo de los setenta y la proliferación de armas en medio de la tensión nuclear entre bloques han asentado una creciente concienciación del entorno biológico y su relación con el hombre, extendiendo la terminología a la geografía en lo que conocemos como ecología biológica y humana. Sin embargo, esta perspectiva se ha caracterizado por un biocentrismo que ha desubicado su propia significación en el contexto del hombre. En cierta manera hemos asistido a una consideración de la naturaleza dependiente de la extensión cartesiana, del mecanicismo materialista y el biologismo que han provocado una orientación antihumanista, pues el hombre no es un ser vivo más, sino el más destructor. Esta representación de la naturaleza, además, se concentra en sistemas ecológicos y

desarrollos sostenibles donde se combinan las dos ecologías determinadas con anterioridad: biológica y humana. La naturaleza queda abortada de una significación profunda y reducida a una gestión ambiental y, así, difícilmente puede entrar en el entramado sentimental del hombre. Y es que, efectivamente, la naturaleza ha tenido una significación más profunda que con frecuencia se ha mal interpretado como antropocéntrica, pero que, sin embargo, no era así. La naturaleza a la que pertenece el hombre tiene una lectura referencial más profunda, que la eleva al propio hombre y eleva el propio ser humano: la naturaleza es creación de Dios. Desde ahí, en el pensamiento cristiano y en el sentimiento de los cristianos, el hombre se entiende en comunión con la realidad creada que somos nosotros mismos. Desde el teológúmeno bíblico de imagen y semejanza de Dios y la experiencia del cristianismo expresada en la sabiduría teológica o en la intuición franciscana que canta a las creaturas, se puede concebir la “ecología humana” y, como afirma acertadamente el editor en la *Presentación* (pp. 15-30), ésta se entiende como una ecología global, es decir, “en la creación entera teniendo por quicio al hombre mismo” (p. 22).

Desde esta perspectiva la naturaleza supera, sin olvidar que lo es, el biologismo. Cuando la naturaleza es algo excelso para nosotros y es en nosotros, la cuidamos, pues herirla es destruir nuestra propia esencia y nuestros sistemas de referencias. Cuando profundizamos nuestra mirada, la naturaleza abre sus excelencias estéticas y referenciales, se convierte en *liturgia cósmica* (A. Álvarez) y expresión divina: *vestigio de Dios* nos recuerda el franciscano Martínez Fresneda, pues las creaturas “*contienen a Dios*” (p. 166), con ellas realizamos una “*ascensión hacia el creador*” (P.-J. Llabrés i Martorell), al descubrir en la naturaleza un “*icono de sabiduría*” (A. Moreno), pues nos nace en el corazón “*el respeto, la alabanza, el agradecimiento*” (p. 189), un “*icono cristalino... trinitario, mudo*” (M. -E. Soriano) que nos hace cantar como un trovador en camino a la fraternidad en Dios: “*Loado seas mi señor*” recordado por el, también, franciscano José A. Merino. Alabanza (P. Estaún: “*Admira lo creado y alaba al creador*”) que nace de la contemplación del alma humana, del corazón del hombre (C. G. Cremaschi: “*Gócese Israel en su creador*”): “*Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos...*” (P. Escartín), “*Criaturas del Señor, bendecid al Señor*” (A. Rodríguez)..

La significación profunda de la naturaleza nos sitúa en su debida proporción. La creación es el “*medio*” en el que nos desarrollamos: “*Tu creación, Señor –escribe Adolfo González– pudo ser sin mí, pero yo no puedo ser sin ella* (p. 119); es la “*casa y la familia de Dios*” (Carlos Amigo), pues “*También yo soy naturaleza. Sin ella estaría mutilado y condenado a muerte*” (J. C. -R. García Paredes: “*¡Totalidad sagrada!*”, p. 114). La naturaleza como creación, no sólo muestra la belleza de Dios, sino su proyecto de salvación, por eso nos anima desde la alabanza a cooperar con él: “*Proyectando la historia de la humanidad en clave creacional, nuestra generación y las futuras tenemos una corresponsabilidad enorme*” (J. Amengual i Batle: “*El creador en la travesía histórica de la humanidad*”, p. 49). La responsabilidad de perfeccionarnos, perfeccionando la creación y de “*hacer la vida humana más humana*” (M^a T. Compte) “*en un mundo reconciliado*” (A. Romero)

La creación inspira poesía al teólogo (“*La tierra no es ajena a nuestro credo*” de J. Román Flecha) e inunda de teología al poeta (“*Poesía y entusiasmo*”, por Miguel de Santiago), infunde piedad (“*La piedad de un corazón puro*”, Eloy Bueno de la Fuente) y acción de gracias: “*Gracias, Señor, por otras maravillas, de tu creación, que a diario se ofrecen a nuestra mirada distraída*” (E. Zulieta: “*Gracias, Señor, por tus pajarillos*”, p. 286).

Naturaleza se hace creación, cuando a los ojos del creyente la gracia de Dios ilumina y trasciende la naturaleza de la Naturaleza. Muchas reflexiones se me quedan en el tintero de esta preciosa obra, en tiempos del agujero de ozono y cambio climático, en tiempo del hombre y el posthumano, en tiempos de naturaleza y, ahora aquí recordamos de gracia (“Naturaleza y cultura – Naturaleza y Gracia, J. Saraiva Martins): como recuerda Fernando Sebastián, terminamos con el salmista: “dad gracias al Señor porque es bueno, porque ha hecho maravillas” (F. Sebastián: “Plantó Dios un Jardín”, p. 266).

Manuel Lázaro Pulido
Inst. Teológico de Cáceres